

# Ser andalucista y ser anticapitalista es ser antieuropeista

por Francisco Campos López

***Luchar por la Andalucía libre no es trabajar por otras Europas, otras Españas, o por “refundar” el capitalismo; es luchar contra Europa, España y el Capital. Ser andalucista y ser anticapitalista, defender a Andalucía y a sus clases populares, es ser antieuropeísta.***

Como consecuencia de la celebración de nuevas elecciones al Parlamento Europeo, estamos viendo y padeciendo a los políticos del régimen realizar sus acostumbradas y rimbombantes declaraciones europeístas, desempolvar los manidos argumentos acerca de los beneficios que nos reporta el pertenecer a la Unión Europea y, sin son de “izquierdas”, el volvernos a hablar de supuestas alternativas a la “Europa de los mercaderes”: la “Europa de los ciudadanos”, “de los pueblos”, “de los trabajadores” etc. Pero, más allá de esas “verdades” políticamente y culturalmente correctas, de los tópicos y las frases grandilocuentes, se impone el responder a unos interrogantes básicos: ¿Qué es y que representa Europa?, ¿cuál es la relación real entre Andalucía y Europa?, ¿qué supone y conlleva Europa para el pueblo y la clase obrera andaluza?

“Nosotros no podemos, no queremos, no llegaremos jamás a ser europeos. Externamente, en el vestido o en ciertas costumbres ecuménicas impuestas con inexorable rigor, hemos venido apareciendo aquello que nuestros dominadores exigieron de nosotros”. Esta conocida frase de Blas Infante, que forma parte de su libro “El complot de Tablada y el Estado libre andaluz”, no constituye algo excepcional. Sus textos están plagados de alusiones y de declaraciones antieuropeas. Más allá de lo estrictamente geográfico, Europa, esa supuesta Europa política y cultural común, era vista por él como algo exógeno a Andalucía e incluso como contrapuesta a ella. De ahí el que no podamos, no debemos querer y sea imposible que lleguemos jamás a ser europeos; porque simplemente no los somos. Porque nunca hemos formado parte natural de una supuesta “civilización” europea. Por eso lo europeo es en nuestro pueblo algo meramente formal y superficial, sólo lo “externamente, en el vestido o en ciertas costumbres”. Unas “costumbres” que, además, no las hemos adquirido de una forma electiva, sino que nos son “impuestas con inexorable rigor” porque así “nuestros dominadores exigieron de nosotros”.

Y aquí se encuentra la segunda característica de la visión anti europeísta de Blas Infante. Desde su perspectiva, no sólo es que no formemos parte de esa supuesta Europa, es que, además, lo que tenemos en lo superficial de aparentemente europeos no lo hemos adquirido por propia voluntad, sino que se nos ha impuesto por “exigencia” de “nuestros dominadores”. ¿Y quiénes son esos dominadores?, pues la propia Europa a través de España. Por lo que, entre esos dos dominadores, Europa es nuestro mayor enemigo, ya que España sólo es “el amo que le puso Europa (a Andalucía)”, y por lo tanto un amo menor. Un mero capataz al servicio de Europa. Andalucía no sólo es que no forme parte de esa supuesta Europa común, es que lo europeo es anti andaluz. Pretende destruir lo andaluz, nuestras señas de identidad, nuestra propia cultura, mediante “la influencia de Europa a través de España”, como asegura más adelante.

Esa influencia impuesta era para Blas Infante la inexorable consecuencia de una típica política de aculturación imperialista. La que provoca todo conquistador, el amo, sobre el colonizado, el

esclavo. Infante sostenía que Andalucía había padecido dos periodos de esclavitud en el último milenio, y los dos precedentes de esa Europa. En mismo texto afirmaba que “(Andalucía) hubo de aguantar durante dos épocas la esclavitud: la primera, en el principio de la medievallidad la representada por la dominación germánica o goda; la segunda, la actual impuesta por los europeos, que son los descendientes y continuadores de aquellos bárbaros”.

Para Blas Infante, por lo tanto, esa “civilización europea”, esa supuesta Europa étnico-cultural común y esa Europa política unida, representaba al imperialismo conquistador medieval (el germánico-godo) y al imperialismo capitalista contemporáneo (el europeo actual). Por eso añade: “Europa vino a definir perfectamente, en su método, su historia guerrera y feudalista (...) Su método vino a sancionar el feudalismo pasado y a preparar el nuevo. (...) ese método entre dos feudalismos, el territorial y el industrial, el medieval y el contemporáneo, dos épocas de la misma inspiración (imperialista)”. Esta Europa era para Infante sinónimo de imperialismo capitalista: “Europa es por su método, la especialización que convierte al individuo en pieza de máquina. (...) Europa es el feudalismo territorial e industrial”. La “civilización europea” era para él sinónimo de civilización burguesa, y la Europa política sinónimo de colonización capitalista. De ocupación nacional (feudalismo territorial) y explotación social (feudalismo industrial).

Es tal el proceso asimilacionista sufrido y el grado de alienación padecido por nuestro pueblo a lo largo de los últimos ochocientos años, muy especialmente en los dos últimos siglos, los de la era burguesa, y particularmente a raíz del lavado de cerebro colectivo del franquismo, que el Sistema ha logrado que muchos compatriotas asuman, de forma inducida, “con naturalidad” la falsa realidad inventada por el conquistador-ocupante europeo-español para mantenernos en la ceguera intelectual que permita perpetuar la quietud social que origina la ignorancia. Como esos niños robados en las dictaduras sudamericanas de los setenta y entregados a las familias de los militares golpistas, el pueblo andaluz ha crecido creyéndose los hijos de los torturadores y ladrones de sus verdaderos padres, víctimas del engaño histórico ideado por el españolismo.

Europa, como España, nunca han pasado de ser sendas nomenclaturas de carácter geográfico. Hasta hace apenas un par de siglos, ser europeo, como ser español, sólo significaba el habitar unas determinadas regiones del Planeta. No conllevaba ningún otro tipo de realidad común. Las unicidades políticas, culturales y civilizatorias europeas, como las hispánicas, han poseído siempre carácter imperialista, ya que están intrínsecamente relacionadas con ideas de conquista y dominio sobre los pueblos. Un ejemplo peninsular está en la conquista castellana de Toledo. Cuando Alfonso VI entra en dicha Ciudad, con pretensiones de continuar sus conquistas, no se hace proclamar Rey sino Emperador de España. Adueñarse de la Península suponía construir un imperio, y se era el emperador porque se reinaría sobre diversidad de pueblos y naciones.

También las unidades europeas han estado siempre interrelacionadas con el imperialismo. La primera pretensión de unicidad europea se produce con Carlo Magno y su Imperio Romano Germánico. La segunda con los Habsburgo (aquí conocidos como Austria). En contra de lo afirmado por el españolismo, su imperio nunca fue ni pretendió ser español, sino europeo, y después mundial. En los tiempos recientes, los mayores europeístas fueron Napoleón, con su Imperio Francés, y Hitler con su Tercer Reich (imperio). Ambos se proponían uniones europeas tras sus triunfos. De hecho muchas ideas de estructuración europeas actuales fueron ya esbozadas por ellos.

En cuanto al plano étnico-cultural, de “civilización” común, hasta el siglo XVIII los pueblos de la región europea occidental y central, la Europa medieval, no se denominaban ni se reconocían “europeos” sino “cristianos”. Europa era “La Cristiandad”, y las fronteras de “Europa”, de la Cristiandad, se extendían hasta donde abarcase su dominio e influencia la Iglesia Católica, que a su vez mantenía una alianza de poder con la élite aristocrática político-guerrera germánica. La “Europa del Este” fue siendo considerada parte de esa “Europa” conforme también lo era de la “Cristiandad”, en tanto sus pueblos se incluían en la órbita de la alianza católico-romana y germánica. Igual ocurría en la Península. La parte “europea” era la situada bajo idéntico control.

Fue a partir del predominio burgués, desde finales del XVIII y a lo largo del XIX, cuando se fue creando la idea de la Europa y la España que hoy conocemos. No es, por tanto, que Europa o España estén bajo el dominio del Capital, es que ambas son en sí mismas ideas y creaciones capitalistas. Superestructuras ideológicas y administrativas potenciadas para que amparasen y posibilitasen su poder político y económico sobre los pueblos, y su latrocinio sobre las clases trabajadoras. La burguesía no podía argumentar unos derechos de conquista o unas razones de “sangre” para justificar su dominio sobre las naciones y los pueblos. Necesitaba dotarse de otras razones para lograr el monopolio sobre las materias primas, los mercados y la fuerza de trabajo de los territorios arrebatados al control de la aristocracia. Es así como surge, entre los restos moribundos del Imperio Español un falso Estado-nación que los abarcase, así como de la renovación del viejo imperialismo medieval romano-católico-germánico en manos del Capital, la de un supuesto Continente Europeo y una civilización común, única y superior europea, que por ello es idéntica al conjunto ideológico de los “valores” sociales y culturales burgueses.

El gran error de muchos análisis, tanto acerca de Europa como de España, es partir de la base de verlas no como lo que son; superestructuras políticas, sociales y culturales al servicio de los intereses económicos del Capital, sino como realidades pre-existentes que en manos de la burguesía se transforman en instrumentos capitalistas. Es esa equivocación analítica la que les hace creer y defender que otras Europas y otras Españas, son posibles, necesarias y benéficas. Pero, centrándonos en nuestro pueblo, nuestra tierra y su clase obrera, Blas Infante señaló con meridiana claridad el que tanto esa idea de Europa, como la de España, eran intrínsecamente anti-andaluzas y anti-obreras. Por esa razón llegó a proclamar en el susodicho texto: “¡Europa no, Andalucía!”. Porque esa supuesta Europa política y cultural común es sólo un instrumento al servicio de la colonización y la explotación andaluzas. Europa y Andalucía son incompatibles y contrapuestas. El europeísmo, como el españolismo, es feudalismo territorial e industrial y, consecuentemente, por eso su andalucismo era antieuropeo, anti-español y anticapitalista.

No hay ni podrá haber nunca una Europa o una España “de los ciudadanos”, “de los pueblos” o “de los trabajadores”, porque Europa y España son estructuras contra los ciudadanos, los pueblos y los trabajadores. “Realidades” burguesas Ideadas y mantenidas por el capitalismo para amparar y posibilitar la opresión y la explotación sobre las naciones y las clases populares.

Como conclusión, cabe afirmar que no hay nada más patético que compatriotas defendiendo el europeísmo desde posiciones andalucistas y socialistas, lo hagan con respecto a la actual UE o a cualquier otra Europa; sea esta la “de los ciudadanos”, la “de los pueblos” o la “de los trabajadores”. Y lo mismo cabe afirmar con respecto a España. Ser europeísta, apostar por cualquier Europa, como el ser españolista y apostar por cualquier España, es incompatible con

estrategias revolucionarias andaluzas, puesto que Europa y España constituyen nuestros amos, orígenes y porqués de la esclavitud nacional y social del Pueblo Trabajador Andaluz. Pretender formar parte de Europa o España, o que éstas u otras Europas y Españas pueden ser utilizables, es tan absurdo como si un esclavo lo creyese sobre la plantación o la esclavitud. Europa, como España, son sinónimos de la esclavitud contemporánea. Diversas denominaciones territoriales del imperialismo capitalista.

Es irracional pretender reformar la plantación y menos aún “mejorar” el sistema esclavista. Un esclavo no se puede liberar en la plantación o a través de la plantación, combatiendo por otras plantaciones favorables a los esclavos o dirigidas por ellos. Un esclavo se libera escapando de la plantación y destruyéndola. Rompiendo las cadenas y acabando con el sistema esclavista. Andalucía es esclava porque permanece encadenada por el amo europeo y su capataz español. Luchar por la Andalucía libre no es trabajar por otras Europas, otras Españas, o por “refundar” el capitalismo; es luchar contra Europa, España y el Capital. Ser andalucista y ser anticapitalista, defender a Andalucía y a sus clases populares, es ser antieuropeísta. ¡Europa no, Andalucía!